

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Eufemismo u educación. *Por José Lois Estévez*

En un raptó de inspiración escribió Walt Whitman: “Give me to speak beautiful words, take all of the rest”. “Dadme hablar hermosas palabras, tomad el resto”. Era como pedir el don del eufemismo y ceder a los demás toda otra cosa. Pero, ¿qué nos queda, si prescindimos de las palabras? Sin el invento del lenguaje, ¿qué habría sido del hombre? ¡Es fácilmente imaginable! Sin él perderíamos la comunicación, y, por tanto, privados de los bienes que la colaboración, el trabajo en equipo, nos reporta, sufriríamos la peor de las mutilaciones. No perderíamos la capacidad de pensar; pero no podríamos despegarnos de los objetos. Nuestros discursos serían premiosos, ápteros y nos veríamos enredados por su mismísima concreción.

Según Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, en lo que cuentan como ser: de las que no-son en lo que les falta para ser”. En lo que tiene de acertado, la expresión podría mejorarse afinando su sentido más al detalle: “La medida de todas las cosas está en las palabras, pues hasta los números lo son”. Y si los hombres siempre aspiramos a contar y medir, para aproximarnos más cada vez a la verdad, el medio más idóneo para adherirse a ella reside en los números. En cuanto nos negamos a ser estrictamente fieles a cálculo y medida y únicamente nos preocupa el asenso multitudinario por engañosa persuasión, no buscamos otra cosa que palabras artificiosas. Es la finalidad de la Retórica. Y lo fue –y lo es aún– de la enseñanza sofística, esa prostitución de la pedagogía, que sacrifica la verdad a los copiosos dividendos que cabe obtener explotando falacias.

¿Qué estamos haciendo al asistir con pasividad a la más radical involución de nuestros centros de enseñanza?

Comencemos por lo más grave. Traduciendo con cierta libertad el aforismo latino: “Nada peor que la corrupción de los mejores”, tendríamos que reconocer hoy que, al haber consentido la perversión de la docencia, hemos legado a la sociedad el mayor de los daños. Porque, ¿qué estamos haciendo al asistir con pasividad a la más radical involución de nuestros centros de enseñanza? ¡Privarlos de su imprescindible objetividad y permitir que se infiltre en ellos las más contagiosas ideologías! Lo cual es ponerlos enteramente del revés, puesto que si algo ha de enseñarse es lo que resulta imprescindible aprender y difundir, porque mañana mismo lo van a necesitar los alumnos. En efecto: tres cosas han de ser esencialmente enseñadas: 1º) La propia introspección para que, conociendo sus personales aptitudes, queden capacitados para desempeñar eficazmente el papel de su preferencia en la vida; 2º) Las Ciencias o las Artes en su globalidad, para que una visión sumaria de las mismas les permita orientar su vocación. 3º) Los métodos de investigación e innovación a que habrá que fiar mañana todo progreso.

Estas tres grandes finalidades de la educación son absolutamente imperativas, porque, sin ellas, el estancamiento social resulta inevitable. ¿Las practican nuestras escuelas? Tenemos que reconocer que no. Y nuestra tolerancia conomisiones tan graves nos hace cómplices de la perpetuación de esa nefasta rutina. Desilusionados los alumnos por un aprendizaje que no supera la apatía, ven apagarse cualquier brote de entusiasmo y tienden a sustituir los remedos de Arte o Ciencia que pasivamente reciben por sus contrafiguras sucedáneas. Es el caldo de cultivo para el proselitismo político. Y los dos grandes saberes que pueden llenar una vida, el Arte y la Ciencia, se ven suplantados por vacuas y tendenciosas ideologías. Se enseñan fanáticas soflamas e incapacitantes pasquines propagandísticos. Si la educación ha de consistir en formar la personalidad y el carácter, nosotros preferimos gente ramplona, fácilmente moldeable. ¿Está en eso el bien del país?